

Ingeniero Manuel E. Río

Córdoba, 1872 - Buenos Aires 1912

El Ing. Manuel E. Río dedicó su corta y fecunda vida — murió a los 40 años —, a establecer en su verdad y en su valor las condiciones determinantes de la Nación y en particular de su Córdoba natal; a penetrar la vocación histórica de Córdoba; y a encontrar modos concretos y científicos para conseguir rápidamente un desarrollo acorde con ésa vocación.

Manuel E. Río estudió ingeniería en la Universidad de Córdoba donde tuvo como profesores a muchos de los científicos e ingenieros extranjeros traídos por Sarmiento para la fundación de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. A la par de sus estudios, se desempeñó muy joven como periodista en el diario *El Porvenir* que promovía las ideas vivificadoras del Cristianismo. Allí, inspirado por el Presbítero Jacinto Roque Ríos, conformó su mente según las direcciones de las encíclicas *Rerum Novarum*, *Inmortale Dei* y *Aeterna Patris*.

En su juventud, fueron objeto de su particular admiración el Siervo de Dios Monseñor Mamerto Esquiú O.F.M, Félix Frías, José Manuel Estrada, Pedro Goyena y Tristán Achával Rodríguez, entre otros, y estudió asiduamente los autores clásicos y los grandes escritores católicos de su época.

Luego de la desaparición de *El Porvenir*, ingresó, a los dieciséis años, al recién fundado periódico *Los Principios* y fue su primer secretario de redacción. Allí escribió sobre múltiples temas según la inspiración humana, culta y cristiana que era su norma para aclarar las grandes cuestiones que sucesivamente se proponían; así influyó día a día sobre la opinión pública de Córdoba.

Al comienzo de su vida profesional, en 1894, acompañó al geólogo alemán Guillermo Bodenbender en una misión para averiguar las causas del terremoto que había asolado las provincias de San Juan y La Rioja. El trabajo, de gran interés científico, corrigió los conceptos entonces corrientes sobre la composición geológica del país.

En 1895, el Dr. José Figueroa Alcorta, Gobernador de la Provincia, en cumplimiento de una ley provincial del mismo año, comisionó por decreto a los jóvenes ingenieros catedráticos de la Universidad — de 23 y 25 años —, Manuel E. Río y Luis Achával, para realizar la primera *Geografía de la Provincia de Córdoba*. Esta obra, en dos tomos de 570 y 670 páginas con un magnífico atlas, se concluyó en 1902 y fue reeditada varias veces.

En abril de 1899, el Ing. Manuel E. Río fue ascendido a profesor titular de la Universidad de Córdoba en la cátedra de Ferrocarriles. En 1898, se le dio el cargo de Pro-Secretario General de la Universidad y, en 1907, de Secretario General. La Academia Na-

cional de Ciencias de Córdoba lo incorporó en su seno en 1906. Representó a la Universidad en numerosas ocasiones, en el país y en el extranjero.

En 1911, se le encomendó la organización de los sistemas estadísticos de la Provincia y presidió su Dirección General de Estadística. Los trabajos merecieron los elogios de publicaciones especializadas nacionales y extranjeras.

Su obra científica fue premiada con medallas de oro en el Primer Congreso Científico Panamericano, en 1911, en la Exposición Universal e Internacional de Gante en 1913 y en la Exposición Internacional Panamá-Pacífico que se efectuó en San Francisco, 1915, California, para celebrar la apertura del Canal de Panamá.

En el campo de la historia de la Provincia de Córdoba, el Ing. Río publicó numerosas monografías, en particular sobre la Universidad. Intervino también activamente en la política, y fue miembro de la Convención Reformadora de la Constitución de la Provincia, en el 1900.

El Ing. Río desplegó una intensa actividad apostólica. Cooperó en todo momento a la acción propia de la Iglesia prestando ayuda al Obispo de Córdoba en múltiples comisiones y emergencias. Participó del Segundo Congreso de Católicos Argentinos de 1907, que reanudó los trabajos de los católicos argentinos en las cuestiones sociales. Fue promotor y miembro del Tercer Congreso que se reunió en Córdoba en 1908 en el cual pronunció un importante discurso.

Falleció prematuramente en Buenos, al volver de un viaje de estudios al Brasil y fue asistido por el Obispo de Córdoba, Monseñor Zenón Bustos y Ferreira O.F.M., que viajó a Buenos Aires con ése objeto, y por Monseñor Miguel de Andrea, su carísimo amigo, más tarde Obispo de Temnos. Su desaparición causó extensas y profundas manifestaciones de pesar.

Primeros años. Estudios.

Manuel Epifanio Río, nació el 13 de enero de 1872. Asistió a la escuela de primeras letras de don Francisco Malbrán, a la cual concurrían los hijos de la Ciudad y a los diez años entró al célebre Colegio Nacional de Monserrat, cuya Dirección hubo de dispensarle la falta de edad reglamentaria. Cursó en esas aulas la enseñanza media, planeada entonces como una combinación de Letras, clásicas y modernas, de Matemáticas y de Ciencias. En todos los cursos obtuvo resultados óptimos; en particular, en el quinto sus clasificaciones fueron “sobresalientes” en todas las asignaturas.

En el “Monserrat”, encontró profesores que influyeron durablemente sobre su espíritu y condiscípulos con los cuales ligó amistades que le acompañaron toda su vida. Entre los primeros se señalan los científicos extranjeros que el Presidente Sarmiento y su Ministro Avellaneda trajeron a Córdoba, para la naciente Academia de Ciencias y Facultad de

ciencias Exactas, Físicas y Naturales, los cuales estaban contribuyendo al progreso de las ciencias en el País, de modo muy importante.

En 1887, después de seis años de estudios, egresó del Colegio de Monserrat con el título de Bachiller y al año siguiente entró como alumno en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Su preferencia por esta Escuela no dejó de sorprender a sus amigos; el curso ulterior de su vida habría de demostrar que la elección correspondía a predisposiciones ingénitas suyas, que él cuidó de acrecentar, en particular, el realismo de las observaciones y el rigor de raciocinio.

El estudiante Río encontró en la Facultad a varios de sus profesores del “Monserrat” y a otros, nacionales y extranjeros, igualmente prestigiosos. Estaban allí dos notables ingenieros franceses, el hidráulico Carlso A. de Casaffousth, que desempeñaba el Decanato, y el Matemático Paul Cottenot, egresado de *l'Ecole de Sciences* de París; estaban también los naturalistas alemanes, entre otros, el geólogo Guillermo Bodenbener, el botánico Fritz Kurtz, el físico Oscar Doering, el topógrafo Arturo Seelstrang, el químico Adolfo Doering. Entre los miembros locales de la Facultad, cabe mencionar, en particular, a los Decanos Eleazar Garzón y Angel Machado. El joven Río no fue sólo discípulo aprovechado de esos maestros en sus sendas especialidades; a través de ellos compenetróse de las modalidades que imprimen carácter peculiar a la institución universitaria, concentrada en la formación y en el desarrollo de los espíritus por la investigación desinteresada de la verdad. A ese efecto, en medida aún mayor, obraron sobre su ánimo el ambiente de la antigua Casa de Trejo y los maestros de su Facultad de Derecho, que realizaban cumplidamente la figura tradicional de los “doctores de Córdoba”. El estudiante Río fue alumno sobresaliente de la Facultad. En múltiples ocasiones sus profesores y condiscípulos encomiaron su espíritu científico, su método en la investigación, el estilo objetivo de su exposición.

El diario El Porvenir

Sin perjuicio de su aplicación a los cursos de la Universidad, el estudiante Río halló tiempo para trabajar, no menos intensamente, en otra obra, de género diverso, pero en definitiva concordante para quien comprende la unidad de las raíces de que brotan, juntamente, el espíritu científico y las preocupaciones sociales elevadas. Ingresó a la redacción de *El Porvenir* cuando terminaba los estudios del “Monserrat” y continuó en ella durante todos los años de la Facultad.

El Porvenir era un periódico de ideas, atento principalmente a los problemas de la cultura y del a política, que sostenía con valentía, con inteligencia y con buena información las aspiraciones más sanas y más nobles de la sociedad argentina. Sus redactores combatían denodadamente por la evolución de la Nación en el sentido de la civilización, de la moral, de los fines sobrenaturales del hombre, de la libertad ciudadana según un sistema de veras democrático, mediante, lo primero, la influencia vivificadora del Cristianismo. Correlati-

vamente, se encontraban precisados a censurar las dimisiones del espíritu que se deploraban en los distintos órdenes sociales y, muy en particular, los Gobiernos, cuyos efectos nocivos se han puesto en evidencia paulatinamente más tarde. Las incomprensiones y los desvíos de muchos volvían ardua la tarea. Habían fundado y dirigían la empresa dos ciudadanos eminentes, que ha dejado profunda y benéfica huella en Córdoba y en el País, los doctores Jacinto Roque Ríos y Juan M. Garro. El doctor Ríos había adquirido prestigio nacional por su actuación en la Asamblea de los Católicos Argentinos, en 1884, de cuya segura ortodoxia fue el mentor principal. En Córdoba, participaba activamente del movimiento nacional de la Unión Católica, cuyos dirigentes, en particular José Manuel Estrada, buscaban de continuo su consejo y su cooperación. El segundo de los directores de El Porvenir, el doctor Garro, Presidente de la activa Asociación Católica de Córdoba y autor del “Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba” (Buenos Aires, 1882), había participado también de aquella famosa Asamblea, como su Vicepresidente segundo. En esa oportunidad, en un notable discurso, mostró la urgencia de fundar en todo el País colegios católicos de enseñanza media; su iniciativa resultó, quizás, la más fecunda de las presentadas a la Asamblea.

A ese ambiente de El Porvenir, a la par progresista y tradicional, denso de ideas elevadas y de anhelos puros, encendido por las dificultades de la lucha, no exento de pasión, pero regido por la razón iluminada de la fe y, sobre todo, dominado por la caridad, ingresó el joven Río, adolescente de dieciséis años. En seguida, los Directores lo notaron. El doctor Ríos preguntó quién era el autor de un suelto que había llamado su atención. Resultó el nuevo reporter. Lo llamó a su lado y el principiante encontró en él a su maestro. No era fácil el comercio con el brioso co-Director, exigente en la doctrina y en la expresión e infatigable en el trabajo. Por otra parte, El Porvenir era pobre, hasta carecer, no raras veces, de los recursos indispensables y debía soportar una fuerte hostilidad de los poderes públicos y de los sectores oficialistas, algunos socialmente encumbrados. La participación en el Diario excluía virtualmente de otras posiciones. Sin embargo, Río, adhirió cada vez más íntimamente a la obra, dura y menesterosa, pero idealista y promisoría. Incluso renunció a un empleo administrativo para no afiliarse al Partido gobernante, al cual censuraba por razones de principio. No le faltaron, por cierto, alientos intelectuales y compensaciones morales, aun inmediatas.

Afiliación intelectual, lecturas.

En El Porvenir, al lado del doctor Ríos y de sus colaboradores, el joven Río aprendió a comprender y, por lo tanto, a estimar la idiosincrasia de Córdoba y, a través de ella, la del País. Allí también, se acercó a las fuentes intelectuales en las cuales instruyó su mente, conforme a las mejores orientaciones que le proporcionaba su Ciudad, preparándose, de ese modo, para cooperar a la realización progresiva de la vocación de ésta.

Desde su primera juventud, Río leyó mucho. El ingeniero Luis Achával, testigo abonado, nos lo hace saber, con palabras ilustrativas: “La Naturaleza habíase mostrado

pródiga con él en sus dotes intelectuales y, muy conocedor de ello, consagróse desde la infancia a acrecentarlos en el estudio de los grandes maestros, guiado en sus primeros pasos por la propia intuición: ni maestros, ni amigos iluminaron la senda del niño investigador, que anhelaba nutrir su espíritu con conocimientos sólidos y profundos. Nada escapó a su espíritu ávido de saber y de ciencia: todo le era familiar y a una edad temprana aquella inteligencia poderosa habíase nutrido con los más sólidos principios del saber humano, sintiéndose, con el transcurso del tiempo, en condiciones de producir obra abundante, emanada del propio conocimiento del juicio propio que le mereciera todo cuanto fue por él sometido a la discusión, al análisis o a la crítica”.

Entre las enseñanzas que asimiló desde su primera juventud, ha de señalarse, lo primero, las procedentes del Pontificado Romano. En la Asamblea de 1884, el doctor Ríos había sido intérprete celoso de los pronunciamientos de S.S. Pío IX, los cuales constituían una base inmovible para los redactores de *El Porvenir*; pero no ignoraban ellos las consideraciones inteligentes que precisó Monseñor Dupanloup y, por lo tanto, en todo lo substancial, más allá de las polémicas efímeras, aquellos pronunciamientos, severos pero luminosos, no determinaban en el Diario una actitud antimoderna; antes por el contrario, sus posiciones eran esencialmente positivas y vivientes. Justificaba y dirigía esa orientación constructiva el magisterio del genial León XIII, que comenzaba a irradiarse, del cual *El Porvenir* tomaba su rumbo definitivo. En particular, el joven Ríos conformó su mente según las direcciones del Pontífice de *Rerum Novarum*, *Inmortale Dei* y *Aeterna Patris*.

Allí también en el ambiente de *El Porvenir*, se familiarizó con los grandes renovadores del pensamiento cristiano del siglo XIX, cuyo pensamiento se demostraba grávido de los más felices frutos: Ozanam, Lacordaire, Montalembert, Veullor, Freppel. Encontraba, asimismo, ejemplos en los esfuerzos y en las luchas de los católicos de otras naciones: los irlandeses, sobre todo el legendario O'Connor; los católicos alemanes, encabezados por Windhorst y por Monseñor Ketteler, el Obispo de la “cuestión social”; los católicos italianos, cuya obra de los Congresos tenía en especial consideración; los escritos y los intentos de los católicos españoles y norteamericanos, así como de los franceses, cuyas iniciativas, inteligentes y abnegadas hasta el sacrificio, seguía con la máxima atención. Durante muchos años fue suscriptor y asiduo lector de *La Croix*. Por afinidad de preocupaciones, le impresionó Frédéric Le Play. Influyó también favorablemente en él, León Ollé Lapruné, el venerado maestro de *l'École Normale Supérieure*, cuyo bello libro *La Vitalité Chrétienne* leía con entusiasta aprobación. En esa obra, visiblemente, afinó la discreción con que supo hallar las vías de descubrimiento de la verdad y de la ejecución del bien aprovechando, a ese superior efecto, hasta los intentos frustrados del error.

En la perspectiva ideológica que esas preocupaciones definían, el estudioso joven cordobés pudo apreciar en su alto y justo valor a los hombres eminentes que, con sacrificios heroicos, incluso de sus vidas, sostuvieron la causa de la Iglesia y de la Patria, en nuestro *Kulturkampf* de la década cuyo término fue el desastre nacional de 1890. Fueron objeto de

su mayor admiración los precursores inmediatos: el Siervo de Dios Monseñor Mamerto Esquiú O.F.M.; Félix Frías, y el inolvidable Maestro del Derecho Doctor Rafael García. Estimó asimismo altamente al Vicario Capitular Monseñor Emiliano Clara, al Obispo Auxiliar Monseñor Uladislao Castellano, luego Arzobispo de Buenos Aires, y al doctor Nicolás M. Berrotarán, víctima de un abuso de poder juntamente con el doctor Rafael García y con el Procurador Fiscal Morcillo. Tuvo, en fin, gran aprecio a los dirigentes del movimiento católico nacional de esa época, en particular, a José Manuel Estrada, Pedro Goyena y Tristán Achával Rodríguez, desaparecidos todos prematuramente pocos años antes.

En sus lecturas Río exploró otros dominios, amplios y diversos. Limitémosnos a señalar que, entre los clásicos, eran sus preferidos Tácito, “el Quijote” y Pasacal; amaba detenerse en Homero y en los poetas griegos, en Calderón de la Barca, en Santa Teresa de Jesús, en los autores de teatro y los moralistas franceses del siglo XVII, en Joseph de Maistre, en la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino y, mucho en Bossuet. En el orden estrictamente espiritual, no dejaba de leer cotidianamente la Biblia y la Imitación de Cristo. Frecuentaba la literatura nacional y tenía particular afición a los escritos económicos y políticos de Alberdi y a los históricos de Mitre. Entre los filósofos no católicos del siglo XIX se interesaba especialmente en Auguste Comte y en Hyppolite Taine.

Un episodio político aleccionador

El examen de las influencias intelectuales que obraron sobre el espíritu del ingeniero Río desde su juventud, nos han llevado a adelantarnos algo en el tiempo. Retomemos el hilo de la cronología, refiriéndonos a un episodio de la última época de El Porvenir, el cual tiene importancia, no ya sólo por sí mismo, sino por su influencia en la actitud que aquél mantuvo, durante toda su vida, en lo concerniente a la política.

En las contingencias que precedieron la revolución de 1890, El Porvenir había defendido a toda costa los ideales de honestidad ciudadana, de “verdad de las instituciones” de la Constitución Nacional y de respeto a la religión por parte del Gobierno, que estaban entonces seriamente atacados. En consecuencia, se había puesto del lado de la Unión Cívica, que había adoptado como propios aquellos ideales, consubstanciales con nuestra democracia. Además, ligaban el diario a esa formación política, las personas de varios de sus promotores y la participación de la Unión Católica en sus círculos dirigentes. En verdad, los propósitos sostenidos por la Unión Cívica se habían vigorizado en la Asamblea de 1884, tal como el sector político opuesto —el “régimen”— derivaba la mejor parte de los suyos del pensamiento de Nicolás Avellaneda, inspirado, en esencia, en los mismos principios. Pero el “régimen” contrariaba, en aspectos importantes, esa inspiración originaria y, frente a sus desviaciones, la Unión Cívica representaba una esperanza.

Sin embargo, el curso de los acontecimientos ulteriores modificó la situación, después de la revolución de 1890. El Presidente Pellegrini demostró prudencia y elevación de

miras y buscó la reincorporación a las funciones públicas de ciudadanos de responsabilidad y de sincera religiosidad. Fue expresión de esa conducta la designación del doctor Manuel D. Pizarro para la Gobernación de Córdoba, como lo fue también, más tarde, la elección de don Luis Sáenz Peña, -Presidente Honorario de la Asamblea de Católicos de 1884,- para la Presidencia de la República. El nombre de este último para el alto oficio fue indicado, el primero, por el doctor Jacinto Ríos, con sagacidad patriótica. De otro lado, al buscar sus candidatos, la Unión Cívica no cuidó bastante de asegurar las normas superiores que constituían la razón de ser de los núcleos políticos formados por los católicos que invocaban su calidad de tales. En tales circunstancias, el doctor Ríos entendió que era un deber, para los católicos, apartarse de la Unión Cívica; en cambio, el doctor Garro creyó que debía continuarse en sus filas, al menos mientras el Comité de la Unión Católica no decidiera otra cosa. El doctor Garro, en consecuencia de su disenso, se separó públicamente de El Porvenir, que pasó a ser propiedad exclusiva del doctor Ríos, en febrero de 1891. Las discrepancias se acentuaron todavía. El doctor Ríos, con su franqueza habitual, denunció graves vicios en la naciente Unión Cívica Radical, que prolongaba la Unión Cívica. Marcó, en aquélla, la filiación sectaria de algunos de sus promotores y declinaciones visibles de rebeldía y de resentimiento. El doctor Ríos reiteró sus censuras, en términos severos, cuando el doctor Garro, invocando conveniencias de Partido, rehusó el Ministerio del Interior que le ofreció el Presidente Luis Sáenz Peña.

Definición de una actitud de vida

El 2 de agosto de 1892 falleció inesperadamente en Buenos Aires el doctor Ríos. Había cumplido sólo cuarenta años y acababa de ser electo Diputado Nacional por la Provincia de Córdoba. La gravedad de los momentos de la República hacía dramática esa desaparición, que fue profundamente lamentada por la opinión responsable de todo el País. En Córdoba, el luctuoso suceso conmovió el espíritu público, conforme lo pusieron de manifiesto los grandiosos funerales. En esa ceremonia, el joven Río, de veinte años, en nombre de la asociación de los estudiantes universitarios, llamada “Unión Universitaria”, pronunció un discurso en el cual logró caracterizar la personalidad del doctor Ríos con los rasgos en que se ha encontrado tradicionalmente fijada su preclara figura. En ese discurso el incipiente orador sugirió una decisión personal trascendente. Junto con el homenaje del dolor, “que constituye el monumento más precioso a su memoria, porque se amasa con lágrimas caídas sobre el corazón”, rindió al maestro desaparecido el homenaje de la “admiración por las virtudes que practicara, que en sus labios (de la juventud) casi equivale a una promesa de imitarlos”, terminó diciendo.

A los veintiún años, Río había alcanzado su precoz madurez intelectual; se había situado en la tendencia ideológica a que respondían sus opciones profundas, y se había vinculado, por sólidas amistades, con las personas de Córdoba que mejor representaban, en esos momentos, la corriente referida.

Data de esa época del ingeniero Ríó una nota suya, muy significativa en la simplicidad de sus proposiciones juveniles, que declara exactamente la posición básica que tomó en la vida. Versa sobre el problema de la libertad humana, piedra de toque, muy en particular para todo espíritu moderno. El Autor publicó esa nota agregando a su firma el título de “Miembro de la Redacción de El Porvenir”. Entre otros conceptos coincidentes, dice así:

“El individuo verdaderamente libre es aquel que reconoce la soberanía de su Dios, mostrándose siempre dispuesto para ejecutar su voluntad. Ninguna servidumbre será capaz de encadenarle, porque abriga dentro de sí una fuerza irresistible y sobrenatural, emanada de la fe, que le impulsa hacia su fin glorioso por caminos que nada ni nadie podría interceptar

“Así también nunca se manifiestan con mayor esplendor la libertad y la grandeza moral de un pueblo que cuando, elevando la vista al cielo, acata rendido el Poder que desde allí marca rumbos fijos a su destino y dicta reglas inmutables a su desenvolvimiento. Poseedor, por tal modo, del conocimiento de la verdad y del espíritu de la virtud, no habrá para él ni déspotas, ni tiranos, engendros abominables del sofisma o de la corrupción.

“La Providencia ha arreglado las cosas de manera tan admirable que en la sujeción absoluta a la voluntad divina encuéntrase la más perfecta libertad humana y en la rebelión abierta contra aquella, la más pesada tiranía, no importa el nombre, muy grande a veces, con que se pretende disfrazarla y sea que la ejerza el vicio, sobre los individuos, o uno o muchos hombres, sobre los pueblos. La historia da, de ello, evidente testimonio”

Programa de trabajos y modo de acción.

A partir de la actitud fundamental que había adoptado, provisto ya de los recursos personales necesarias, sin perder un instante, como si presintiera la brevedad de su existencia terrena, lanzóse el joven ingeniero Ríó a las empresas nobles a que sentíase llamado.

Ayuda a comprender cabalmente tales empresas el concepto que resulta de sus escritos acerca de la situación del País frente a la cual se hallaba y a la que, según su decisión, había de afrontar resueltamente.

Desde sus años tempranos, vio a la Argentina como un pueblo en formación, con óptimas posibilidades, pero cuyas bases, en todos los órdenes, reclamaban con urgencia ser afirmadas, cuyas estructuras debían ser mejoras y fortificadas y cuyo espíritu y cuya mente debían ser saneados y bien nutridos, si se quería conjurar las amenazas que proveía inminentes y, sobre todo, si se pretendía proseguir la construcción de la “grande y gloriosa Nación” que anhelaron los Padres fundadores. Ante la magnitud de la obra, no vaciló en citar el verso virgiliano alusivo al ingente trabajo de la formación de Roma: *Tantae mollis erat Romanam condere gentem*. A esa acción consagróse por entero, uniendo así, en una única dirección, sus desvelos de estudioso y sus afanes de ciudadano.

El primer trabajo científico

El primer trabajo del Ing. Río fue de índole científica. En 1894, esto es, al año siguiente de su egreso de la Facultad de Ciencias, acompañó al geólogo Bodenbender en una detenida exploración sobre el terreno, para averiguar las causas y los efectos del terremoto que había asolado las Provincias de San Juan y La Rioja, en octubre de ese mismo año. El doctor Bodenbender, al presentar los resultados de la expedición al Rectorado de la Universidad de Córdoba, que había encomendado el trabajo, calificó esos resultados de “sorprendentes”, puesto que “contradicen en parte el concepto actual de la composición geológica de nuestro País y en parte lo complementan esencialmente”, conforme a las expresiones de su informe.

Fundación del diario Los Principios

La desaparición de El Porvenir había interrumpido la notable serie de diarios cordobeses de inspiración católica, comenzada por El Eco de Córdoba, dirigido por los inolvidables señores Ignacio y Luis Vélez. A comienzos del año 1894, un grupo de ciudadanos, entre ellos el ingeniero Río, decidieron afrontar la ímproba empresa de editar un nuevo diario. Don Saturnino Allende tomó a su cargo la administración, a fin de evitar, merced a su experiencia bancaria, la situación económica que terminó con El Porvenir; él propuso el nombre para el nuevo periódico, por esta observación: “Ocurren tantos contratiempos en este País porque asaz a menudo se echa en olvido los principios. Es menester que el diario que va a aparecer los recuerde día a día”. El diario salió bajo el nombre Los Principios y fue durante muchos años el prestigioso decano de la prensa de Córdoba. El ingeniero Río fue su primer Secretario de Redacción, al lado del presbítero Agapito Nogueira, que desempeñaba la dirección, y de don Segundo Dutari Rodríguez, que había de dirigirlo y engrandecerlo más tarde.

En Los Principios, el Secretario de Redacción y, más tarde, miembro del cuerpo de redactores y colaboradores, Río, escribió mucho sobre los temas varios que resultaba oportuno y lo hizo indefectiblemente según la inspiración humana, culta y cristiana que era su norma. Influyó día a día, sobre la opinión pública, para aclarar los problemas que sucesivamente se proponían, no sólo en el campo de las cuestiones trascendentes, sino también en el de dudas concretas cotidianas, a las cuales ponderaba en todo su alcance.

La Universidad de Córdoba

Hemos advertido ya el interés del Ing. Río por la Universidad de Córdoba, desde sus años de estudiante. El joven ingeniero retornó a sus ambientes pocos años después de egresado, para encontrar en ellos un segundo hogar, un segundo centro de su vida, en el cual pasaba cada día largas horas de estudio, de trabajo y de diálogo con sus amigos intelectuales y con sus discípulos.

En abril de 1897 fue nombrado Profesor Suplente de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la cátedra de Construcción y Explotación de Ferrocarriles, de la cual obtuvo la propiedad dos años después, en junio de 1899. Desempeñó esa cátedra hasta su muerte, con la aplicación y el estudio constantes que le valieron el aprecio de sus colegas y de sus discípulos. El programa de su curso abarcaba los distintos temas de la asignatura, seleccionados con criterio formativo, en mira de las necesidades del País en la importante materia sobre la que versan. Algunas de las ideas que sostenía en la Cátedra fueron resumidas en las ponencias que envió al Cuarto Congreso Científico (Primero Panamericano), Séptima Sección; Economía Política, que se reunió en Santiago de Chile entre el 21 al 25 de diciembre de 1908 y el 5 de enero de 1909. Los enunciados respectivos eran las “conclusiones” de un extenso estudio sobre la “Política ferroviaria en los países nuevos”, en el cual trataba los siguientes puntos: Primero: “La primordial importancia de los ferrocarriles en los países nuevos” (en suma: en los países viejos el riel se pone para facilitar los tráficos; aquí, para crearlos y después mantenerlos. El ferrocarril crea el país, lo sostiene y lo desenvuelve); Segundo: “Carácter económico-jurídico de los ferrocarriles”, y Tercero: “Sistemas de administración y política ferroviaria más convenientes en los países nuevos”. Sus consideraciones, analíticas y fundadas, tendían a prevenir serias dificultades que se han puesto en evidencia décadas más tarde.

En el mismo campo universitario, en el año 1889, fue nombrado Pro-Secretario General de la Universidad. En 1907, el Consejo Superior de la Casa lo promovió a Secretario General, cuando falleció el doctor José Díaz Rodríguez, modelo de canciller académico.

La Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, la más antigua y, a la sazón, la más autorizada del País en su género, incorporó al ingeniero Río a su seno, el 4 de diciembre de 1906. En el acto de reopción, el nuevo Académico leyó un estudio acerca del problema del País en lo concerniente a ferrocarriles. El 28 de junio de 1907, la Academia lo nombró Secretario.

En numerosas ocasiones recibió encargos de la Universidad y de la Facultad de Ciencias para presentar a una u otra en actos diversos, para hacer uso de la palabra en su nombre o para intervenir en la organización de estudios o de actividades universitarias.

Ocupó el último año de su vida la preparación de una “Galería biográfica de las personas ilustres que hubiesen sido alumnos, profesores, rectores, reformadores o protectores de la Universidad”, la cual le había sido encomendada por el Rector doctor Deheza como Presidente de la Comisión del Tercer Centenario de la Casa, que había de ocurrir en 1913. Trabajaba en esa obra cuando lo sorprendió la muerte.

La última de las actividades del ingeniero Río fue el viaje que efectuó a Río de Janeiro, en julio de 1912, en cumplimiento de la misión que le había confiado la Facultad de

Ciencias, con objeto de visitar la Universidad de aquella ciudad, acompañado de un grupo de alumnos.

La Geografía de Córdoba

El 28 de febrero de 1896, los ingenieros Manuel E. Río y Luis Achával recibieron del Poder Ejecutivo de la Provincia el encargo de confeccionar la Geografía de Córdoba. El decreto está firmado por el doctor José Figueroa Alcorta, como Gobernador, y el doctor Ponciano Vivanco, como Ministro de Gobierno. La honrosa comisión proporcionó a ambos estudiosos la ocasión de establecer científicamente la realidad de Córdoba, desde el punto de vista geográfico, en el significado amplio de este vocablo, esto es, físico y humano. La obra exigió a sus autores más de seis años de trabajo asiduo, inclusive viajes de reconocimiento o exploración por la mayor parte del territorio de la Provincia, así como también la busca y el aprovechamiento del material literario y gráfico existente. Para mejor éxito de sus trabajos obtuvieron la colaboración de autorizados profesores y académicos de Ciencias. El 13 de mayo de 1902, entregaron finalmente al Gobierno los manuscritos, los planos y los gráficos que integran la obra.

El Gobierno sometió el trabajo efectuado al juicio de una comisión especial formada por el doctor Cornelio Moyano Gacitúa, el doctor Oscar Doering y el ingeniero Carlos V. García, todos ellos Profesores en la Universidad, en Derecho, Ciencias Naturales e Ingeniería, respectivamente. Dicha Comisión, en su informe, después de reseñar el contenido del libro y de ponderar sus distintas Secciones, concluía: “Trátase de una obra de muy amplias proyecciones, en cuyo vasto plan tienen cabida: la descripción del territorio de la Provincia, bajo todos sus aspectos, y de la población y del organismo político y social de la misma, en todos los órdenes de su actividad; las informaciones y datos más convenientes para la propaganda de las ventajas de aquél, dentro y fuera del País, y las observaciones críticas adecuadas para combatir muchos de los obstáculos con que lucha nuestro desenvolvimiento económico.

Ella trata no sólo de los aspectos físicos de la Provincia sino también de los sociales y fue una de las primeras en el mundo que amplió el campo de la geografía a temas tales como la producción, la demografía, la sociología y las estadísticas. Grandes personalidades nacionales como Bartolomé y Emilio Mitre, Roque Sáenz Peña, Dardo Rocha, Ángel Estrada, Enrique Larreta, entre otros, y la opinión unánime del país, celebraron esta obra y destacaron su utilidad para el país en los términos más elogiosos. Las prestigiosas Sociedades de Geografía de la época, *La Société de Géographie de France*, la *Società Geografica Italiana*, *The American Geographical Society*, *The Royal Geographical Society* del Reino Unido, *The Geographischer Literatur Bericht* de Alemania, *The Scottish Geographical Magazine*, destacaron su calidad científica, el carácter innovador y ejemplar del método, la abundancia de la información y su gran valor para hacer conocer la realidad, las riquezas y las posibilidades de desarrollo del país. *La Geografía de la Provincia de Córdoba* fue repe-

tidamente utilizada para promover la inmigración a la Provincia, la instalación de industrias y el desarrollo de fuentes de energía hidráulica.

La historia de Córdoba

En septiembre de 1891, en nombre de la “Unión Universitaria”, Río disertó en el Teatro Rivera Indarte (hoy Gral. San Martín), en el acto por el cual se celebró la imposición de dicho nombre a la hermosa sala. En su discurso, ensalzó al joven poeta cordobés, heroico y desdichado, anhelante de la libertad y del cristianismo, víctima de la tiranía de Rosas. Es ésa la primera expresión que conocemos de las preocupaciones de Río por la historia de Córdoba. En general, sus numerosas producciones en esta materia tuvieron carácter sintético; en ellas se aprecia la información documentada y minuciosa y, a la par, la meditación detenida.

En octubre de 1900, el ingeniero Río, recién egresado, pronunció una conferencia acerca de “La Universidad de Córdoba y su misión histórica”, la cual inició la serie de actos destinados a exaltar la memoria de Monseñor Fernando Trejo y Sanabria O.F.M., fundador de esa Universidad, que culminaron, poco tiempo después, con la inauguración de su estatua en el patio de honor de la Casa. Un año más tarde, en octubre de 1901, en la Biblioteca de la Universidad, expuso “Consideraciones históricas y sociológicas sobre la Provincia de Córdoba – Deberes de la juventud en la época presente”. En diciembre de 1904 presentó al “Certamen Franciscano Literario y Artístico”, en Córdoba, un trabajo manuscrito intitulado “Bibliografía de Autores Cordobeses”, que fue premiado con la Medalla de Oro asignada al tema. Ese trabajo quedó inédito y su autor utilizaba el material contenido en el mismo para la preparación de la “Galería” de universitarios de Córdoba, que hemos mencionado más arriba. En 1906, compuso los “Apuntes históricos sobre la Sociedad de Beneficencia de Córdoba – 1856-1906”, a pedido de dicha benemérita institución, la cual editó el trabajo, en un libro. En 1910 pronunció una conferencia sobre “El Centenario Chileno”, desde el punto de vista de la historia de la Nación trasandina en sus relaciones con la nuestra. En ese mismo año, en el inolvidable volumen editado por La Nación en conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo, dio a la luz pública la monografía intitulada “Córdoba – 1810-1910”, en la cual estableció las líneas determinantes de la evolución histórica de la Ciudad y de su Provincia. El Gobernador doctor Félix T. Garzón le solicitó, por una carta privada, que autorizase la edición oficial del trabajo, porque consideraba de “conveniencia pública” su difusión. Dicha edición apareció poco después.

La estadística de Córdoba

La preocupación del ingeniero Río por la determinación precisa de la realidad de Córdoba, en sus diversos aspectos, con miras a fundamentar una acción social eficaz, tuvo otro vasto campo de aplicación en la estadística. Desde enero de 1899 hasta febrero de 1911, él organizó y presidió la Dirección General de Estadística de la Provincia. En ejerci-

cio de su empleo, publicó regularmente una serie de Anuarios estadísticos amplios procedidos de monografías resuntivas, y comparativas, claramente redactadas, destinadas, a facilitar el conocimiento de la evolución de la Provincia en sus diversos aspectos, con especial atención a fenómenos de la vida social, de importancia mayor, pero frecuentemente pasados por alto, tales como los atinentes a la familia, la educación, la propiedad, la organización industrial y comercial, y otros análogos.

Asimismo, como Director General de Estadísticas de la Provincia, compuso o dirigió numerosas monografías sobre, entre otros temas, las finanzas, la agricultura y la ganadería de Córdoba.

La obra de la Dirección General de Estadísticas atrajo de inmediato la atención de los centros oficiales y privados con responsabilidades sociales. Trascendió también al extranjero, como lo acreditan los elogiosos *comptes rendís* que aparecían con frecuencia en las publicaciones especiales respectivas.

El Ateneo. Intervenciones en acontecimientos culturales

Las actividades del ingeniero Río como universitario, investigador de los fenómenos sociales y publicista, complementábanse con incesantes intervenciones en los acontecimientos culturales, que mantenían vivas y acrecentaban las preocupaciones elevadas de Córdoba. Era entonces núcleo principal de tales manifestaciones, El Ateneo de Córdoba, del cual fue Secretario y, más tarde, su Presidente.

En octubre de 1896, el ingeniero Río participó de la brillante acogida que se dispuso en Córdoba a Rubén Darío y proporcionó a éste las informaciones con las cuales compuso su famosa poesía sobre el Siervo de Dios Mons. Esquiú, la cual fue leída por su autor en la sesión literaria celebrada en su honor. El 9 de diciembre de 1899, dijo un discurso en la fiesta que el Ateneo ofreció al Ministro de Instrucción Pública de la Nación doctor Osvaldo Magnasco, el cual, el día anterior, había tenido su célebre disertación en la ceremonia de Colación de Grados de la Universidad. En julio de 1898, habló en el homenaje de despedida al doctor Juan M. Garro, que se ausentaba de Córdoba. En julio de 1901, presentó en el Teatro Rivera Indarte a la conferenciante española señora Eva Canel, que trató el problema de la educación de la mujer, “problema para cuya solución no es exagerado ningún trabajo, ni vano ningún esfuerzo”, subrayó Río. Acerca del mismo asunto, en otra ocasión, en el Ateneo, recomendaba integrar la educación de las jóvenes con el cultivo de sus disposiciones artísticas haciendo, a ese efecto, las siguientes consideraciones: “La piedad, madre de todas las virtudes, es sin duda la piedra fundamental de un hogar dichoso; pero la que ha de ser en él o ángel o reina debe llenar con sus encantos todas las manifestaciones de ese pequeño mundo. ¡Es tan difícil realizar la dicha! ¡Es tan complicada y exquisita el alma humana! Tiene a veces el corazón ansiedades y nostalgias que no bastan a calmar los afanes absorbentes de la vida ni los goces tranquilos de los afectos más profundos,

agitaciones íntimas que se producen muy adentro, en sitios adonde sólo llega el arte con su aliento misterioso”.

Participaciones en la política

El ingeniero Río se mantuvo siempre atento a las evoluciones de la política de la Nación y muy en particular, de Córdoba. Las disputas partidarias no le atraían y, por cierto, las contiendas por el poder repugnaban a su modalidad; pero en ningún momento creyó que le era lícito desentenderse de la conducción de la República y participó de ella de diversas maneras; lo hizo, invariablemente, según las orientaciones que había adoptado en su juventud, en la redacción de *El Porvenir*. Sus preocupaciones en ese campo se singularizaron por su adhesión a los principios humanos y cristianos de la política, por el sentido positivo de su acción y por su espíritu de cooperación, o, mejor, de amistad ciudadana.

Como periodista, durante largos años, primeramente en *El Porvenir* y más tarde en *Los Principios*, difundió sus juicios sobre los eventos políticos, sin hacer acepción de personas o de grupos, cuidadoso sólo de los valores superiores de los cuales la política extrae su justificación y su eficacia.

En el año 1900, fue miembro de la Convención Reformadora de la Constitución de la Provincia de Córdoba, designado por elección popular, y su firma aparece al pie del texto de las enmiendas aprobadas. En los trabajos de la Asamblea se ocupó principalmente del régimen municipal, sosteniendo la conveniencia de prescribir regímenes diferentes para las diversas comunas, en correspondencia con sus condiciones respectivas. A su juicio, las integradas por menos de cuatro mil habitantes debían ser administradas por sistemas especiales, conforme a reglamentaciones legales. Su moción no resultó aprobada. Veintitrés años más tarde, una nueva Convención Constituyente, dados los inconvenientes del sistema uniforme a que se opusiera el Convencional Río, sancionó la posibilidad de tipos diferentes de Gobierno comunal.

Ciertas intervenciones ocasionales en el campo de la política, en la misma época referida, ponen de relieve algunas de las importantes funciones que debe cumplir la opinión independiente, en aquel dominio. Mencionemos algunos episodios.

El 29 de octubre de 1899, al ofrecer un homenaje al señor Carlos Bouquet, por los trabajos de ganadería en que se había destacado después de su lucida figuración como hombre público, exaltó la importancia social del trabajo esforzado y productivo, en comparación con las disputas meramente partidistas, con frecuencia estériles, cuando no dañosas. Según expresó, “en adelante, una exposición como la que acabamos de presenciar valdrá más, mucho más, económica y políticamente, que una revolución, y un estanciero ilustrado, laborioso y emprendedor representará más, muchísimo más, en influencia, consideración y prestigio que cualquier caudillo de nuestra política doméstica”.

Al terminar el Gobernador del Campillo su desempeño, en un homenaje que se le rindió, el ingeniero Río señaló la alta conveniencia del aplauso público a los funcionarios que desempeñan dignamente su oficio: “Los que combaten manifestaciones de este género son injustos. La justicia de los pueblos, que, como toda justicia, es un reflejo de la Justicia eterna, consta de dos partes: el premio y el castigo. Y si es cobarde y deprimente colaborar con el aplauso o la indiferencia a la obra del gobernante infiel, es injusto y mezquino no aplaudir a aquel que ha cumplido lealmente su mandato”.

En el año 1900, los prestigiosos ciudadanos doctores José Manuel Álvarez y Nicolás M. Berrotarán fueron presentados como candidatos a la Gobernación y Vice-Gobernación de la Provincia, respectivamente. El 19 de julio de dicho año, el ingeniero Río se dirigió por carta al doctor Álvarez, a la sazón en Rosario de la Frontera, para darle a conocer la invitación que “un grupo numeroso de jóvenes” deseaba hacer circular, con el objeto de “constituir un centro político independiente, destinado a sostener la política amplia y la fórmula Álvarez-Berrotarán, que la encarna con el aplauso público”. El Doctor Álvarez le respondió con palabras alentadoras, que contienen una lección de constante utilidad: “No pueden ser sino bienvenidos los que se incorporan a la vida pública con ideales levantados, movidos por sanos propósitos de bien común, libres de odios y rencores; más dispuestos a promover el progreso y a asegurar el bienestar y la riqueza, que a rever el pasado para saber quién dejó de hacerlo; más cuidadosos de no cometer errores e impedir que sean cometidos, que de recriminar a quien los cometió”.

Algunos años más tarde, el 7 de junio de 1909, el doctor Garro le escribió desde Buenos Aires comunicándole la iniciación de un movimiento “encabezado por personas de valer social y político, desvinculadas de los partidos militantes”, a favor de la candidatura a la Presidencia de la República del doctor Roque Sáenz Peña, entonces Ministro de la República en Italia y en Suiza. Recibida la respuesta aprobatoria de su amigo Río, Garro le escribió nuevamente, el 18 del mismo mes, manifestándole la conveniencia, a su juicio, de la adhesión de los ciudadanos de Córdoba a la organización que se iniciaba con el propósito indicado, bajo la presidencia de don Ricardo Lavalle. Se originó así la cooperación que el ingeniero Río prestó al movimiento político concretado en la “Unión Nacional”, cuyos frutos directos fueron la Presidencia de Roque Sáenz Peña; los Ministerios del doctor Indalecio Gómez en la cartera del Interior y del doctor Juan M. Garro, en la Instrucción Pública, y la ascensión a las Cámaras del Congreso y a las magistraturas nacionales y provinciales de una promoción de ciudadanos caracterizados por sus altas calidades personales y por sus sanas orientaciones, antes no empleados en el servicio público. Semejante movimiento satisfacía anhelos latentes en la Nación que, décadas atrás, El Porvenir había sostenido. La índole y el sentido de la Unión Nacional se precisaron con el brillo en los discursos, inolvidables por su fondo y por su forma, con los cuales dos ciudadanos ilustres, amigos ambos del ingeniero Río, los señores Emilio Lamarca y Ernesto Padilla, representantes de aquella misma tendencia, recibieron al doctor Sáenz Peña a su regreso a Buenos Aires. Con eviden-

cia, ese movimiento político se destinaba virtualmente a integrar el programa de reordenación nacional que Roque Sáenz Peña e Indalecio Gómez concibieron y prepararon en sus largos diálogos en Roma. La ley electoral, que garantizaba la autenticidad de los micios populares por la obligatoriedad, el secreto y la universalidad del voto, requería una formación partidaria que proporcionara rectas a la opinión pública y buenos candidatos a la opción de los electores. Llegado el movimiento al Gobierno, se le ofrecieron al ingeniero Río distinguidos puestos públicos en la Capital Federal, pero él los rehusó, porque deseaba continuar en Córdoba, porque estimaba mucho su independencia personal, penosamente alcanzada, y porque advertía en el nuevo Gobierno algunas inclinaciones no conformes a sus principios, y traducidas en deficiencias varias en el modo de conjurar los males y los peligros que afectaban a la Nación. Aceptó sólo, en Febrero de 1912, un trabajo necesario y bastante penoso, para el cual fue propuesto por el Juez Federal de Córdoba, esto es, la dirección de un nuevo empadronamiento electoral. Terminó la confección de ese Registro en el breve plazo fijado y, a pesar de los intereses en juego, nadie hizo la menor observación a su imparcialidad y exactitud. En febrero de 1912, el ingeniero Río aceptó una candidatura a Diputado Nacional por el Partido Autonomista, afín a la Unión Nacional, juntamente con otros calificados ciudadanos, a saber: el doctor Arturo M. Bas, que habría de dejar su nombre prestigioso en la política nacional y en la legislación social argentina; el doctor Henocho D. Aguiar, maestro en el Derecho Civil y abogado de gran autoridad; el doctor Julio Etchegaray, Profesor de Derecho Romano y Juez Federal, honesto hasta la austeridad, y el doctor Pedro Funes Lastra, caballero de alta distinción y de calidades morales indiscutidas. De la lista, resultó electo sólo el doctor Bas. Cuando partió éste a Buenos Aires, para ocupar su banca en la Cámara, su amigo Río lo despidió, el 5 de junio de 1912, con un discurso en el banquete de homenaje, en el cual, expresó la justicia y la conveniencia del aplauso público a los políticos dignos: “No siempre ni todos suelen hacer las distinciones justas y necesarias entre tantos que van por los mismos caminos y hacia la misma meta, en el revuelto y afanoso campo de la política, y conviene entonces que otra sanción se añada a la del triunfo, otras manifestaciones se agreguen a las del éxito material, para que queden reconocidas la intención pura, la patriótica conducta y, en especial, la capacidad del soldado que lucha abnegada y esforzadamente por el honor de su bandera”.

Espíritu de apostolado

Por arriba de las ocupaciones diversas que le embargaron o, más bien, mediante todas ellas, mantuvo e hizo fructificar el espíritu cristiano, intenso, dinámico, que animó su vida, según su elección, desde los años difíciles de su adolescencia. Como lo declararan sus propias expresiones, ese espíritu no era otro que el del apostolado, que caracteriza al sincero discípulo de Cristo e hijo de la Iglesia, hecho efectivo en el modo apropiado a su particular situación. El ingeniero Río encontraba concretado ese espíritu en la vocación histórica de Córdoba, a través de actividades nobles de religión y de civilización cristiana, esto es, de estudio, de arte, de filantropía, de sociabilidad, de política, de legítimos trabajos para el

bienestar y el progreso propio de todos. Si algún sentido profundo se descubre constantemente en la acción y en la obra del ingeniero Río, no es otro ése, hecho efectivo de modos diversos, de acuerdo con las circunstancias diferentes; pero con indefectible continuidad y coherencia, según lo pone de manifiesto la anterior relación. A ella deben agregarse todavía, por una parte, incesantes y silenciosas obras de misericordia y, por otra parte, expresiones públicas directas de sus convicciones.

El Ing. Río, cooperó en todo momento a la acción propia de la Iglesia. Prestó ayuda al Obispado de Córdoba en múltiples comisiones y emergencias; durante varios años, dio clases gratuitas de matemáticas a los religiosos estudiantes de la Orden de Frailes Menores Franciscanos; cooperó con los Padres Jesuítas, en particular con el apóstol social R.P. Abel Fernández S.J., en la construcción de un importante barrio de casas para obreros y, a ese efecto, además, prestó su asesoramiento a la fundación de un Banco que facilitara la adquisición de las viviendas a las familias de condición modesta: exaltó en su sentido discurso, la personalidad de otro apóstol social y educador de la niñez, en particular pobre, el abnegado r. P. Cayetano Carlucci S.J.; cooperó a la fundación del Colegio san Pío X de los Padres de la Sociedad de San Juan Bosco; obtuvo la venida de las Hermanas de San Vicente de Paul al Hospital Nacional de Clínicas, cuando fue nombrado, juntamente con el prestigioso doctor Félix Garzón Maceda, en la Comisión encargada de terminar y habilitar ese nosocomio, cuya construcción había ocasionado algunos abusos; en representación de la Sociedad Juventud Católica, participó del Segundo Congreso de Católicos Argentinos, reunido en Rosario en 1907, el cual reanudó los trabajos de los católicos argentinos en las cuestiones sociales; en fin, y sin agotar la enumeración, fue promotor y miembro de la Comisión Preparatoria del Tercer Congreso de aquella misma denominación, que se reunió en Córdoba en 1908 y se caracterizó por la eficacia de sus resoluciones. Según las direcciones impartidas por los Señores Obispos argentinos y conforme a las normas contemporáneas de la Santa Sede, aquella comisión Preparatoria elaboró el respectivo temario; las decisiones concordantes fueron aprobadas por el Congreso, salvo modificaciones secundarias. Monseñor doctor Carlos Echenique y Altamira, ilustre Prelado que fue más tarde Obispo Auxiliar de Tucumán, solía decir que las proposiciones aprobadas en esa Asamblea han establecido el program de los católicos laicos argentinos par el siglo siguiente.

Los discurso que pronunció en diversas ocasiones acerca de temas religiosos en su relación con la civilización o de cuestiones sociales desde el punto de vista del Cristianismo, alcanzaron en su época gran notoriedad. En ellos se traduce la fuerza de sus convicciones, la amplitud y la calidad de sus ideas, la franqueza de la confesión de su fe. A título de muestra de las aprobaciones que recibía por esos discurso, señalemos la carta que le escribió desde Berlín el entonces Ministro de la República en Alemania doctor Indalecio Gómez, transmitiéndole su aplauso por el “bello discurso” de la inauguración del Tercer Congreso de Católicos, así como la expresión de su “admiración complacida por los superiores dotes de elocuencia con que Dios lo ha favorecido... digo mal: lo ha armado su cam-

peón. Siempre se dignó Dios tener un campeón suyo entre nosotros. El último fue precisamente su virtuoso hermano (alude, sin duda, al doctor Jacinto R. Ríos, creyéndolo, por error, hermano del ingeniero Río). Ahora es usted. Conmovedora coincidencia”, concluía el Ministro Gómez.

Últimos días. La muerte

En 1912, su pensamiento habíase ya configurado por completo; su obra básica estaba ejecutada; su labor debía extenderse al ámbito nacional. El Instituto Geográfico Argentino lo invitaba a participar de la Geografía de la República; la Liga Social Argentina, que presidía Emilio Lamarca, reclamaba su concurso; el movimiento político que debía integrar la evolución iniciada por la Ley Sáenz Peña, se interesaba en su actuación en Buenos Aires; sus trabajos eran apreciados en el extranjero, según lo ponían en evidencia los comentarios favorables que recibía y lo confirmarían luego las Medallas de Oro otorgadas en las Exposiciones Internacionales de Gante y de Panamá; su vida privada transcurría con la mayor felicidad, en el hogar que había formado en 1902 con doña Elena Allende de Río, el cual se había probado ya con cinco hijos. Sus éxitos le abrían, pues un halagüeño porvenir.

Sin embargo quienes lo trataban en la intimidad observaban en él una desconocida melancolía, motivada por la ineludible previsión de males graves para la República. Y en verdad, dada la situación entonces existente, no podía ser sino así para quienes observaban la realidad argentina desde el punto de vista superior que Río sostenía de continuo. La gran causa del desarrollo del Cristianismo viviente, a la cual había procurado ante todo contribuir, encontraba dificultades tales que debía temerse por su traducción en la vida social, al menos en el futuro próximo, que apremiaba; la tradición de Córdoba, moral, culta y progresista, que había intentado estimular, daba síntomas de decaimiento en la inercia, cuando no de desvíos o de reacciones incomprensivas; la Universidad estaba estragada por males profundos, que él notaba en sus apuntes personales, a los cuales se tardaba en poner remedio; la democracia, honesta, respetuosa de todos los valores sociales, inspirada por la fraternidad cristiana, aparecía cada día más improbable y, en cambio, la Nación se entregaba a las reyertas enconadas de los Partidos, que si bien invocaban, -muchas veces sinceramente-, ideales elevados, en general proponían medios insuficientes, cuando no defectuosos y hasta contraproducentes.

En julio de 1912, la Facultad de Ciencias de la Universidad de Córdoba le confió la misión de visitar, con un grupo de alumnos, la Universidad de Río de Janeiro. Durante su estada en esa ciudad, enfermó gravemente; logró reponerse y emprender el retorno; pero al llegar a Buenos Aires el ataque se repitió. Sus últimos días fueron de santa y silenciosa resignación a la voluntad del Señor. Recibió con entera conciencia y paz los últimos Sacramentos; le acompañaban el Obispo de Córdoba, Monseñor Zenón Bustos y Ferreyra O.F.M., que viajó a Buenos Aires para asistirle, y Monseñor Miguel de Andrea, su carísimo amigo, más tarde preclaro Obispo de Temnos.

Murió el 14 de agosto de 1912, en Buenos Aires, a los cuarenta años. Su desaparición ocasionó extensas y profundas demostraciones de pesar en aquella Ciudad y, sobre todo, en Córdoba, donde la Universidad hizo trasladar sus restos. Los funerales se celebraron solemnemente en la Iglesia de la Compañía de Jesús, contigua a la Universidad, y fueron presididos por el Obispo Monseñor Bustos y por el Rector de la Universidad doctor Julio Deheza. En Buenos Aires, la Asociación Católica hizo oficiarse un funeral en la Basílica de la Merced, que fue oficiado por el Arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Mariano Espinoza y encabezado por el Ministro del Interior doctor Indalecio Gómez, con numerosa concurrencia.

Días más tarde, un importante diario señalaba como caso único en nuestro País que un hombre joven, sólo por sus merecimientos personales, hubiera recibido a su muerte homenajes denotativos de un duelo nacional.